

# DESEO DE DIOS



Colección “Raíces de la fe”

BENEDICTO XVI

# DESEO DE DIOS

Catequesis para el «Año de la fe»



Ciudad Nueva

© de la traducción: Libreria Editrice Vaticana

Preparado por: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2013, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-273-0

Depósito legal: M-8.878-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## *Presentación*

El 11 de octubre de 2011, Benedicto XVI anunció la proclamación de un *Año de la fe* que se iniciaría un año más tarde, el 11 de octubre de 2012, al cumplirse el 50° aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II y el 20° aniversario de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por Juan Pablo II. Un *Año de la fe* que se prolongará hasta el 24 de noviembre de 2013, fiesta de Cristo Rey.

Apenas cuatro meses después de la solemne apertura de este *Año de la fe*, el Papa anunció su renuncia al pontificado. Y sin embargo, en tan breve tiempo nos ha dejado 19 catequesis de enorme profundidad y claridad, que constituyen un valioso compañero de viaje para el camino espiritual que todos estamos llamados a recorrer como pueblo de Dios, del que no están excluidas todas aquellas personas cuyo corazón alberga una búsqueda de la verdad, el deseo de conocer a Dios y de entrar de algún modo en relación con Él. Estas catequesis son las que recogemos en este libro.

Con este volumen, la editorial Ciudad Nueva cierra un ciclo que ha recorrido los principales temas con los

que Benedicto XVI ha formado a los fieles en sus ocho años de pontificado: los Padres de la Iglesia, el Año Paulino, los grandes maestros y místicas de la Edad Media, los doctores de la Iglesia, la oración y, ahora, la fe.

Estamos convencidos de que estas profundas meditaciones, estas lecciones magistrales del Papa nunca perderán su actualidad, sino que quedarán como material práctico, bien estructurado y a la vez muy accesible, de enorme valor catequético para la formación del pueblo de Dios.

¡Gracias, Santidad!

EL EDITOR

## *Concilio Vaticano II: redescubrir la belleza de nuestra fe\**

Estamos en la víspera del día en que celebraremos el 50° aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II y el inicio del *Año de la fe*. Con esta catequesis quiero comenzar a reflexionar con algunos pensamientos breves sobre el gran acontecimiento eclesial que fue el Concilio, un acontecimiento del que fui testigo directo. El Concilio, por decirlo así, se nos presenta como un gran fresco pintado con gran multiplicidad y variedad de elementos, bajo la guía del Espíritu Santo. Y a día de hoy, como ante un gran cuadro, seguimos captando la extraordinaria riqueza de aquel momento de gracia, redescubriendo en él pasajes, fragmentos y teselas especiales.

El beato Juan Pablo II escribió en el umbral del tercer milenio: «Siento más que nunca el deber de señalar el Concilio como la gran gracia que la Iglesia recibió en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que

\* Audiencia general, Plaza de San Pedro, 10 de octubre de 2012.

comienza»<sup>1</sup>. Creo que esta imagen es elocuente. Los documentos del concilio Vaticano II –a los que es necesario volver liberándolos de una masa de publicaciones que, en muchos casos, en lugar de darlos a conocer los han ocultado– son, incluso para nuestro tiempo, una brújula que permite a la barca de la Iglesia avanzar mar adentro, en medio de tempestades o de olas serenas y tranquilas, para navegar segura y llegar a la meta.

Recuerdo bien aquel periodo: yo era un joven profesor de teología fundamental en la Universidad de Bonn, y fue el arzobispo de Colonia, el cardenal Frings –para mí un punto de referencia humano y sacerdotal– quien me trajo a Roma con él como teólogo consultor; luego fui nombrado también perito conciliar. Para mí fue una experiencia única: después de todo el fervor y el entusiasmo de la preparación, pude ver una Iglesia viva –casi tres mil padres conciliares de todas partes del mundo reunidos bajo la guía del sucesor del apóstol Pedro– que siguen al Espíritu Santo, el verdadero motor del Concilio. Pocas veces en la historia se ha podido casi *tocar* concretamente como entonces la universalidad de la Iglesia en un momento de la gran realización de su misión de llevar el Evangelio a todos los tiempos y hasta los confines de la tierra. En estos días, si volvéis a ver las imágenes de la apertura de aquella gran Asamblea por

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6-1-2001), 57.



la televisión u otros medios de comunicación, podréis percibir también vosotros la alegría, la esperanza y el aliento que nos dio a todos nosotros tomar parte en aquel evento de luz que sigue irradiando hasta hoy.

En la historia de la Iglesia, como supongo que sabéis, varios concilios precedieron al Vaticano II. Por lo general estas grandes asambleas eclesiales se convocaron para definir elementos fundamentales de la fe, sobre todo corrigiendo errores que la ponían en peligro. Por ejemplo, el Concilio de Nicea, en el año 325, para combatir la herejía arriana y reafirmar con claridad la divinidad de Jesús, Hijo unigénito de Dios Padre; el de Éfeso, en 431, definió a María como Madre de Dios; el de Calcedonia, en 451, afirmó la única persona de Cristo con dos naturalezas, la naturaleza divina y la humana. Ya más cerca de nosotros, tenemos que mencionar el Concilio de Trento, en el siglo XVI, que clarificó puntos esenciales de la doctrina católica ante la Reforma Protestante; y el Vaticano I, que comenzó a reflexionar sobre distintos temas pero sólo tuvo tiempo de emanar dos documentos, uno sobre el conocimiento de Dios, la revelación, la fe y las relaciones con la razón, y otro sobre el primado del papa y la infalibilidad, porque fue interrumpido por la ocupación de Roma en septiembre de 1870.

Si miramos al Concilio Ecuménico Vaticano II, vemos que en aquel momento del camino de la Iglesia no había errores particulares de fe que hubiera que corregir

o condenar, ni había cuestiones específicas de doctrina o de disciplina por clarificar. Por ello es comprensible la sorpresa del pequeño grupo de cardenales presentes en la sala capitular del monasterio benedictino de San Pablo Extramuros, cuando, el 25 de enero de 1959, el beato Juan XXIII anunció el Sínodo Diocesano para Roma y el Concilio para la Iglesia Universal. La primera cuestión que se planteó en la preparación de este gran acontecimiento fue precisamente cómo comenzar, qué cometido preciso atribuirle. El beato Juan XXIII, en su discurso de apertura, el 11 de octubre de hace cincuenta años, dio una indicación general: la fe debía hablar de un modo *renovado*, más incisivo –porque el mundo estaba cambiando rápidamente– pero manteniendo intactos sus contenidos perennes, sin renuncias ni concesiones. El Papa deseaba que la Iglesia reflexionase sobre su fe, sobre las verdades que la guían.

Pero a partir de esa reflexión seria y profunda sobre la fe debía perfilarse de un modo nuevo la relación entre la Iglesia y la edad moderna, entre el cristianismo y ciertos elementos esenciales del pensamiento moderno, no para someterse a él, sino para presentar a nuestro mundo, que tiende a alejarse de Dios, la exigencia del Evangelio en toda su grandeza y en toda su pureza<sup>2</sup>. Lo indica muy bien el siervo de Dios Pablo VI en la homi-

<sup>2</sup> Cf. BENEDICTO XVI, «Discurso a la Curia Romana con ocasión de la felicitación navideña», 22-12-2005.